



CRONICA

UNA VISION CRITICA DE LAS CIENCIAS SOCIALES *

301

*Sumario: La manipulación de la jergonza.—
Reverencias al garabato matemático.—Las ciu-
dadelas del saber.—Optimismo desesperado.*

Hace pocos meses, el primer ministro de Guayana anunciaba que su gobierno pensaba legalizar el *obeah* (una forma de brujería), con objeto de promocionar la cultura indígena. Añadía que el *obeah* había sido prohibido por los antiguos imperios coloniales, que son precisamente los que hoy practican una de las más refinadas formas de brujería: el imperialismo cultural. La sonrisa espontánea ante la noticia puede helarse en nuestros labios al leer un reciente libro de Stanislav Andreski (1); ya en el prólogo nos

advierte que «mucho de lo que hoy pasa por estudio científico de la conducta humana se reduce a un equivalente de la brujería». ¿Estaremos todos hoy «colonizados» por un conjunto de hechiceros más sofisticados y aburridos que sus antecesores, que se amparan bajo los rimbombantes títulos de psicólogos, sociólogos o antropólogos?

Aclaremos, ya de entrada, que Andreski no es ningún atrabiliario enemigo de las ciencias sociales. Se trata de *un sociólogo*—al parecer prolífico, pero poco conocido en España—*que siente la necesidad de levantar su voz sin complejos contra la verborrea inútil que hoy hace estragos en*

(*) ACEPRENSA.

(1) Stanislav ANDRESKI: *Las ciencias sociales como forma de brujería*, Ed. Taurus, Madrid, 1973; 289 pp.

este campo científico. Para ello explica y vapulea los fenómenos intelectuales que, a su juicio, impiden el progreso del conocimiento.

La manipulación de la jerigonza

Una serie de obstáculos al desarrollo de las ciencias sociales surge de la inevitable tendencia de las personas investigadas a reaccionar frente a lo que se dice sobre ellas. Estos impedimentos consisten en la dificultad de verificar proposiciones que pueden influir sobre los hechos que pretenden analizar, en las presiones sobre la dirección de las investigaciones y la difusión de los resultados, y en el deseo de los potentados o de los masas de oír lo que les gustaría oír. Todo ello propicia la manipulación y el conformismo.

La verbosidad y la jerigonza opaca es otra cortina de humo encubridora de inanidades y mensajes *criptopropagandísticos*. Esta enfermedad se agudiza al escribir sobre situaciones familiares a los lectores y sobre las que, por consiguiente, es mucho más difícil decir algo original. *Andreski ridiculiza la sustitución de conceptos obvios por otros de apariencia más científica pero sin ninguna ventaja práctica: «refuerzo» por incentivo, «retroalimentación» por reacción, «rol» por papel o posición, «actor» por agente, amén de una serie de misterios semánticos que con frecuencia enmascaran algo pueril.*

Otra estratagema evasiva es la insistencia en la perfección metodológica, con la cual ciertos auto-

res se limitan a responder a los interrogantes más triviales. Para Andreski las peores equivocaciones surgen de premisas falsas no debidamente examinadas y de la predisposición al engaño, y por lo tanto el método esencial es un pensamiento libre de prejuicios.

Reverencias al garabato matemático

Una de las supersticiones más torpes de nuestro tiempo es *la manía de la cuantificación*, en detrimento de la crítica textual, la aptitud literaria y la sensibilidad semántica. De ahí que —según Andreski— *la mayor parte de las aplicaciones de las matemáticas a las ciencias sociales, excepto en la economía, pertenecen al tipo de innovaciones rituales que han creado su propio estilo de hechicero.* «El punto básico reside en que no pueden convertirse generalizaciones vagas y dudosas en una ciencia matemática mediante el simple expediente de transcribirlas en el simbolismo de las matemáticas.» Uno de los ejemplos más agudos citados por Andreski es el del gran gurú Lévi-Strauss, que ha abandonado la claridad de sus primeras obras y se ha lanzado al *uso ornamental de las matemáticas en sustitución de palabras ordinarias.*

El velado conservadurismo de cualquier tipo y los juicios ideológicos envueltos en la terminología constituyen otros obstáculos a los que debe hacer frente el científico social. Pues las palabras se vacían de significado al convertirlas en arma arrojada: por ejemplo, «si

oímos a alguien llamar *reaccionaria* a otra persona, todo lo que podemos deducir es que esa persona le desagrada, pero no podemos deducir nada sobre las ideas de la persona así calificada sin conocer la posición política del que habla».

Las ciudadelas del saber

La creciente proliferación de institutos investigadores y de universidades tampoco garantiza necesariamente, dice Andreski, el progreso de las ciencias sociales. En las *factorías de investigación*, la burocracia y el mercantilismo tienden a centrifugar a los pensadores originales que no hacen la corte a quienes distribuyen el dinero. El último refugio para el pensamiento creativo parecen ser las universidades, aunque a menudo su misión resulta muy debilitada por la tendencia perenne al parasitismo engendrada por la seguridad del puesto, y por la primacía del hábito de perorar sobre el de pensar. Además, los profesores, en plena crisis de credibilidad, ya no saben muchas veces cómo dirigirse a gente no obsesionada por ganar dinero y que ha descubierto la futilidad de mucho galimatías académico. Y así, «liberados por sus enseñantes de las exigencias de la lógica, los jóvenes rebeldes no tienen dificultad para reconciliar el colectivismo disciplinario y ascético de Mao con un erotismo compulsivo inspirado por una lectura apresurada de Freud, y un elogio verbal de la grandeza de los trabajadores

con una obstinación byroniana desenfrenada, sin prestar ninguna atención a los sentimientos o el bienestar del rebaño común».

Pero el paso de la admiración crédula del *statu quo* hacia una denigración igualmente acritica no aumenta el acervo de conocimientos válidos. Los agentes de contaminación mental encuentran más oportunidades en el cultivo de las ciencias sociales, pues, aunque es un campo más dificultoso que el de las ciencias naturales, carece sin embargo de un umbral natural de aceptabilidad.

Optimismo desesperado

Es fácil advertir que el libro de Andreski no responde a supuestos metodológicos comunes. Es un ataque iconoclasta a diestra y siniestra, en el que igual reciben derrotes la antipsiquiatría de Laing, la psicología behaviorista de Skinner o el funcionalismo de Talcott Parsons. Sin duda manifiesta mucho más respeto por los padres fundadores de las ciencias sociales que por muchos epígonos y exégetas aferrados a tradiciones de escuela, y por aquellos cuya única guía es el temor a ser superados por la última novedad. El discurso de Andreski es audaz y lleno de gracia, adobado con ejemplos habilidosos; pero su humor sarcástico le lleva a despreciar a veces el matiz y a caer en el dogmatismo que critica. Sin necesidad de compartir sus filias y fobias, el lector se planteará muchos interrogantes y sufrirá alguna perplejidad.

El libro cumple una función higiénica, pues denuncia sin complejos el *papanatismo reinante en muchos aspectos de las ciencias humanas*. Su provocación pone a prueba las convicciones intelectuales, y supone un replanteamiento del clásico debate sobre el valor real de las ciencias sociales. Andreski reclama para ellas la racionalidad que fraguó el progreso de las ciencias naturales. Pero al intentar comprender al hombre

desde un racionalismo a ultranza, desorbita el papel de las ciencias sociales, a las que considera como la única garantía para reconciliar las necesidades humanas, físicas y espirituales, con el entorno creado por la tecnología, y asegurar así la supervivencia de la humanidad. Quizá tenga razón al calificar su postura como un «optimismo desesperado».

I. A.